

# LIBRO PRIMERO



# I

## TRES REYES DE ORIENTE SOMOS, Y TRAEMOS PRESENTES DE TIERRAS REMOTAS...

El grupo de cantantes de villancicos se acurrucaba en la esquina, pateando el suelo y balanceando los brazos, y sus voces jóvenes hendían el aire frío de la noche entre los discordantes sonidos de las bocinas de los coches, los silbatos de los policías y los sonos de la música navideña que atronaba por los altavoces situados encima de los escaparates brillantemente iluminados. La copiosa nevada producía atascos de tráfico y hacía que las hordas de compradores de última hora se protegieran los ojos mientras se las apañaban para esquivar los repentinos bandazos de los vehículos, además de los montones de nieve medio derretida y esquivarse unos a otros. Los neumáticos rodaban sobre las calles mojadas; los autobuses avanzaban lentamente a trompicones exasperantes y las campanas de los Santa Claus uniformados continuaban con su incesante aunque inútil repique.

## A TRAVÉS DE CAMPOS Y FUENTES, PÁRAMOS Y MON... TA... ÑAS...

Un Cadillac negro dobló la esquina y pasó lentamente junto a los cantantes de villancicos. El cantante principal, vestido según la idea que alguien tenía del Bob Cratchit de Dickens, se acercó a la ventanilla trasera derecha, la mano enguantada extendida, la cara gesticulando pegada al cristal.

## SIGUIENDO AQUELLA ESTRELLA...

El enfadado conductor tocó el claxon e hizo señas al cantante pediguëño de que se alejara, pero el pasajero de mediana edad del asiento trasero se metió la mano en el bolsillo del abrigo y sacó varios billetes. Apretó un botón; la ventanilla se deslizó hacia abajo y el hombre canoso empujó bruscamente el dinero en la mano extendida.

—¡Que Dios le bendiga, señor! —gritó el cantante—. El Club Juvenil de la calle Cincuenta Este se lo agradece. ¡Feliz Navidad, señor!

Las palabras habrían sido más efectivas si la boca que las gritaba no hubiera apeestado a whisky.

—Feliz Navidad —respondió el pasajero, pulsando el botón de la ventanilla para impedir que continuara la comunicación.

El tráfico se interrumpió momentáneamente. El Cadillac salió disparado hacia delante, pero se vio obligado a detenerse bruscamente con un patinazo, nueve metros más allá. El conductor apretó el volante; fue un gesto que sustituyó a una maldición en voz alta.

—Tranquilo, comandante —dijo el pasajero canoso con un tono de voz compasivo y autoritario al mismo tiempo—. Cabrearse no resolverá nada; no nos llevará más de prisa allá donde vamos.

—Tiene razón, general —respondió el conductor con un respeto que no sentía. Normalmente, el respeto existía, pero no esa noche, no en esa excursión en concreto. Dejando a un lado la autocomplacencia del general, éste había tenido la osadía de pedirle a su ayudante que estuviera disponible para el servicio la noche de Nochebuena. Para conducir un coche «civil» alquilado hasta Nueva York para que el general pudiera jugar un rato. El comandante pensó en una docena de razones aceptables para estar de servicio esa noche, pero aquella no era una de ellas.

Una casa de putas. Porque despojada de florituras verbales, eso era lo que era. ¡El jefe de la Junta de Jefes de Estado Mayor se dirigía a una «casa de putas» en Nochebuena! Y dado los juegos que se practicaban, el ayudante de mayor confianza del general tenía que estar allí para recoger la porquería cuando la jugra terminara. Recogerla, juntarla, cuidar de ella hasta la mañana siguiente en algún oscuro motel y asegurarse, sí, joder, asegurarse, de que nadie averiguara qué juegos eran aquéllos ni en qué consistía la porquería. Y a mediodía del día siguiente el jefe recuperaría su porte altivo, daría sus órdenes y la noche y la porquería caerían en el olvido.

El comandante había hecho esos viajes muchas veces a lo largo de los últimos tres años —desde el día siguiente al que el general hubiera ocupado su impresionante cargo—, aunque los viajes siempre seguían a períodos de intensa actividad en el Pentágono, o a momentos de crisis nacional, cuando el general había demostrado su temple profesional. Pero jamás en una noche como ésa. ¡Nunca en Nochebuena, joder! Si el general fuera otra persona y no Anthony Blackburn, el comandante podría haber puesto reparos aduciendo que incluso la familia de un subordinado tenía ciertas prioridades en Navidad.

Pero el comandante jamás opondría la más ligera objeción a nada que estuviera relacionado con el general. El *Loco Anthony* Blackburn había sacado a un destrozado teniente de un campo de prisioneros norvietnamita, lo había alejado de la tortura y la inanición y transportado de vuelta a través de la jungla hasta las líneas de las Naciones Unidas. Eso había ocurrido hacía unos años; el teniente era ahora comandante y el principal ayudante del jefe de la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor.

Solía ser un lugar común en el que los militares hablaran de ciertos oficiales que habían ido al infierno y regresado. Bien, el comandante había estado en el infierno y regresado con el *Loco Anthony* Blackburn, y regresaría al infierno chutando con un simple chasquido de los dedos del general.

Llegaron a Park Avenue y doblaron hacia el norte. Como correspondía a la mejor parte de la ciudad, por allí el embotellamiento del tráfico era menor que a través de la urbe. Faltaban quince manzanas; el típico edificio de piedra rojiza estaba en la calle Setenta y uno, entre Park y Lexington.

El ayudante principal del jefe de la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor aparcaría el Cadillac en un lugar convenido delante del edificio y observaría al general salir del coche y subir los peldaños hasta la puerta de entrada cerrada con un pasador. No diría nada, aunque una sensación de tristeza le embargaría mientras esperaba.

Hasta que una mujer delgada —vestida con un traje de seda negra y una gargantilla de diamantes en el cuello— abriera de nuevo la puerta al cabo de tres horas y media o cuatro y encendiera las luces delanteras. Sería la señal para que el comandante se acercara y recogiera a su pasajero.

—Hola, Tony. —La mujer avanzó majestuosamente por el pasillo poco iluminado y besó al general en la mejilla—. ¿Cómo estás, querido? —dijo, toqueteando la gargantilla de diamantes mientras se inclinaba hacia él.

—Tenso —respondió Blackburn, sacando los brazos de su abrigo de civil que una doncella uniformada le sujetaba. Miró a la chica; era nueva y preciosa.

La mujer captó su mirada.

—No está preparada para ti, querido —comentó, cogiéndole del brazo—. Quizá dentro de un mes o dos. Ahora, acompáñame, veremos qué podemos hacer con esa tensión. Tenemos todo lo que necesitas. El mejor hachís de Ankara, absenta de la mejor destilería de Marsella y exactamente lo que el doctor encargó de nuestro catálogo especial. A propósito, ¿qué tal está tu esposa?

—Tensa —dijo el general en voz baja—. Te envía recuerdos.

—Transmítele todo mi afecto, querido.

Atravesaron un pasillo abovedado y entraron en una gran habitación iluminada por suaves luces multicolores que salían de algún lugar oculto; unos círculos azules, magenta y ámbar giraban lentamente por el techo y las paredes. La mujer habló de nuevo.

—Hay una chica que quiero que se os una a ti y a la habitual. Tiene una experiencia que ni hecha a medida, querido. Cuando la entrevisté no me lo podía creer; es increíble. La acabo de traer de Atenas. Te encantará.

Anthony Blackburn yacía desnudo sobre la enorme cama; unos diminutos focos arrojaban su luz desde el techo reflectante de cristal azul. En el aire inmóvil de la sombría habitación flotaban, olorosos, retazos de humo de hachís; tres vasos de absenta transparente reposaban sobre la mesilla de noche. El general tenía el cuerpo cubierto de rayas y círculos pintados con acuarela, de huellas dactilares, de flechas fálicas que apuntaban a su entrepierna; tenía los testículos y el pene erecto cubiertos de rojo, el pecho de negro, a juego con el enmarañado pelo que lo cubría, los pezones azules y unidos por una línea recta de carne blanca trazada por un dedo. El militar gemía y sacudía la cabeza de un lado a otro sumido en un letargo sexual, mientras sus acompañantes hacían su trabajo.

Las dos mujeres desnudas se alternaban en el masaje, extendiendo los gruesos glóbulos de pintura sobre el cuerpo que se contorsionaba. Mientras una hacía girar sus pechos sobre la cara inquieta, la otra ahuecaba las manos alrededor de los genitales del general gimiendo sensualmente a cada caricia, emitiendo fingidos y apagados gritos de clímax cuando él se acercaba al orgasmo... detenido por la pericia de la profesional.

La chica de pelo castaño le susurraba sin cesar junto a la cara incomprensibles y jadeantes frases en griego. Se apartó brevemente para coger un vaso de la mesilla; sujetó la cabeza de Blackburn y vertió el líquido denso entre sus labios. La griega sonrió a su compañera, que le contestó con un guiño sin soltar el pene cubierto de rojo.

Entonces la griega se deslizó fuera de la cama, haciendo una seña hacia la puerta del cuarto de baño. Su colega asintió mientras alargaba la mano izquierda hacia la cabeza del general y le remetía los dedos entre los labios para disimular la breve indisposición de su compañera. La mujer de pelo castaño atravesó la alfombra negra y entró en el baño. En la habitación retumbaban los gruñidos de la euforia contorsionista del general.

La chica griega apareció al cabo de treinta segundos, pero ya no estaba desnuda. Ahora llevaba puesto un chaquetón negro de *tweed* con una capucha

que le cubría el pelo. Se detuvo momentáneamente en las sombras, se acercó a la ventana más próxima y descorrió cuidadosamente las pesadas cortinas.

El ruido a cristales rotos inundó la habitación y una ráfaga de viento hinchó las cortinas. La corpulenta figura de un hombre de espaldas anchas surgió en la ventana; había dado una patada a los vidrios, y en ese momento atravesó el marco de un salto con la cabeza cubierta por un pasamontañas y un arma en la mano.

La chica de la cama se apartó rápidamente y gritó aterrorizada cuando el asesino apuntó su arma y apretó el gatillo. La explosión fue enmudecida por un silenciador; la chica se desplomó sobre el cuerpo obscenamente pintado de Anthony Blackburn. El hombre se acercó a la cama; el general levantó la cabeza, intentando enfocar la vista bajo los efectos de los narcóticos, los ojos desorbitados, emitiendo sonidos guturales con la garganta. El asesino disparó otra vez. Y otra, y otra, y las balas penetraron en el cuello, el pecho y la entrepierna de Blackburn, y las efusiones de sangre se mezclaron con los brillantes colores de la pintura.

El hombre hizo un gesto con la cabeza a la chica de Atenas; ésta se abalanzó hacia la puerta, la abrió y dijo en griego:

—Ella estará abajo, en la sala de las luces giratorias. Lleva un vestido largo rojo y unos diamantes en el cuello.

El sujeto volvió a hacerle un gesto con la cabeza y salió al pasillo como una exhalación.

Los pensamientos del comandante se vieron interrumpidos por los inesperados sonidos que parecían proceder de alguna parte del interior de la casa de piedra rojiza. Escuchó, conteniendo la respiración.

Parecían gritos..., una algarabía... ¡Eran gritos! ¡Gente que gritaba!

Levantó la vista hacia la casa; la pesada puerta se abrió de golpe y dos figuras salieron corriendo y bajaron los escalones, una mujer y un hombre. Entonces un dolor bestial le atravesó las tripas: el hombre se estaba metiendo un arma en el cinturón.

*¡Oh, Dios mío!*

Metió la mano debajo del asiento para coger su automática del Ejército, la sacó y se apeó de un salto del coche. Subió corriendo los escalones y entró en el pasillo. Más allá, al otro lado de la arcada, los gritos crecían; la gente corría, unos subían por la escalera, otros bajaban.

Entró corriendo en la gran habitación de las luces de colores que giraban como locas. Sobre el suelo vio la figura de la mujer delgada con los diamantes en el cuello.

*¡Oh, joder!*

—¿Dónde está? —gritó.

—¡Arriba! —le respondió el grito de una chica acurrucada en un rincón.

El comandante se dio la vuelta aterrorizado y regresó corriendo a la recargada escalera, subió los escalones de tres en tres y pasó junto a un teléfono colocado encima de una mesita en el descansillo; la imagen se le quedó grabada en la cabeza. Conocía la habitación; siempre era la misma habitación. Giró para meterse en el estrecho pasillo, llegó a la puerta y se precipitó al interior.

*¡Oh, mierda!* Aquello superaba todo lo que era capaz de imaginar, por encima de cualquier juego anterior, más allá de cualquier porquería que hubiera visto con anterioridad. El desnudo Blackburn cubierto de sangre y pinturas obscenas, la chica muerta desplomada sobre él con la cara en los genitales del general. Era una visión infernal, si es que el infierno pudiera ser tan horrible.

El comandante no sabría jamás cómo pudo controlar sus nervios, pero el caso es que lo consiguió. Cerró la puerta de un portazo y se paró en el pasillo con la automática levantada. Agarró a una mujer que pasó por su lado camino de la escalera y gritó:

—¡Haz lo que te diga o te mataré! Allí hay un teléfono. ¡Marca el número que te diga! ¡Di las palabras que te diga, las palabras exactas! —Empujó sin piedad a la chica hacia el teléfono del pasillo.

El presidente de Estados Unidos cruzó la puerta del Despacho Oval con expresión grave y se dirigió a su escritorio. El secretario de Estado y el director de la Agencia Central de Inteligencia ya le estaban esperando.

—Conozco los hechos —dijo con dureza el presidente en su conocido tono cansino— y se me revuelven las tripas. Ahora, decidme, ¿qué es lo que estáis haciendo al respecto?

El director de la CIA dio un paso al frente.

—Contamos con la colaboración de Homicidios de Nueva York. Tuvimos la suerte de que el ayudante del general permaneció junto a la puerta y amenazó con matar a cualquiera que intentara entrar. Llegó nuestra gente, y fuimos los primeros en la escena del crimen. La limpiaron lo mejor que pudieron.

—¡Eso no es más que maquillaje! —exclamó el presidente—. Supongo que es necesario, pero no es eso lo que me interesa. ¿Qué es lo que pensáis? ¿Éste es uno de esos asesinatos raros y perversos de Nueva York o es otra cosa?

—A mi modo de ver —respondió el director—, es otra cosa. Así se lo dije anoche a Paul aquí mismo. Fue un asesinato premeditado y cuidadosamente preparado. Y ejecutado con brillantez. Hasta el asesinato de la dueña del establecimiento, que era la única que podría arrojar alguna luz.

—¿Quién es el responsable?

—Diría que el KGB. Las balas fueron disparadas por una Graz-Burya automática de fabricación rusa, su arma favorita.

—He de disentir, señor presidente —dijo el secretario de Estado—. No puedo suscribir la conclusión de Jim; puede que esa pistola sea poco frecuente, pero se puede comprar en Europa. Esta mañana estuve una hora con el embajador, y está tan impresionado como nosotros. No sólo negó cualquier posible implicación de Rusia, sino que señaló, con acierto, que el general Blackburn era bastante más aceptable para los soviéticos que cualquiera de sus inmediatos posibles sucesores.

—El KGB —le interrumpió el director— suele estar en desacuerdo con el cuerpo diplomático del Kremlin.

—¿Como la Agencia lo está con el nuestro? —preguntó el secretario.

—No más que con tus propias Operaciones Consulares, Paul —contestó el director.

—¡Joder! —dijo el presidente—. No necesito esta mierda de vosotros dos. Dadme hechos. Tú primero, Jim. Puesto que estás tan seguro de ti mismo, ¿qué es lo que has conseguido?

—Muchísimo. —El director abrió la carpeta que tenía en la mano, sacó una hoja de papel y la colocó delante del presidente—. Nos remontamos quince años atrás y metimos todo lo que sabíamos sobre lo de anoche en los ordenadores. Cotejamos los conceptos de método, localización, huida, sincronización y equipo. Lo comparamos todo con todos los asesinatos conocidos del KGB durante este período. Hemos dado con tres perfiles. Tres de los asesinos más escurridizos y eficaces de la inteligencia soviética. En los tres casos, por supuesto, actúan bajo los procedimientos encubiertos habituales, pero todos son asesinos. Los hemos relacionado por orden de experiencia.

*Talenikov, Vasili.* Último destino conocido: sectores soviéticos del sudoeste.

*Krylovich, Nikolai.* Último destino conocido: Moscú, VKR.

*Zbukovski, Georgi.* Último destino conocido: Berlín Este, agregado de embajada.

El secretario de Estado estaba descompuesto; era incapaz de permanecer en silencio.

—Señor presidente, este tipo de especulaciones, basadas, en el mejor de los casos, en unas variables absolutamente genéricas, sólo pueden llevarnos al enfrentamiento. Y no es el momento para ello.

—Bueno, espera un segundo, Paul —dijo el presidente—. He pedido hechos, y me importa un comino si el momento es o no adecuado para un enfrentamiento. El jefe de la Junta de Jefes del Alto Estado Mayor ha sido asesinado. Puede que en su vida privada haya sido un maldito hijo de puta, pero era un soldado cojonudo. Si ha sido un asesinato de los soviéticos, quiero saberlo. —El jefe del Ejecutivo dejó el papel sobre la mesa sin apartar los ojos del secretario—. Además —añadió—, hasta que se sepa más no habrá ningún enfrentamiento. Estoy seguro de que Jim ha mantenido esto en el nivel más alto de seguridad.

—Por supuesto —aseveró el director de la CIA.

Se oyó un rápido golpe en la puerta del Despacho Oval.

El ayudante jefe de comunicaciones del presidente entró sin esperar respuesta.

—Señor, el primer ministro de la Unión Soviética está al teléfono rojo. Hemos verificado la transmisión.

—Gracias —dijo el presidente, alargando la mano para coger un teléfono con un cableado muy grueso situado detrás de su sillón—. ¿Señor primer ministro? Soy el presidente.

Las palabras en ruso fueron dichas con rapidez y brío, y al producirse la primera pausa, un intérprete las tradujo. Como era costumbre, el intérprete soviético se detuvo y otra voz —la del homólogo norteamericano del intérprete— dijo simplemente:

—Correcto, señor presidente.

La conversación a cuatro continuó.

—Señor presidente —prosiguió el primer ministro—. Lamento la muerte... el asesinato... del general Anthony Blackburn. Era un militar magnífico que odiaba la guerra, igual que usted y yo la odiamos. Aquí era respetado, su fuerza y visión de los problemas mundiales ejercieron una influencia benéfica en nuestros propios líderes militares. Se le echará muchísimo de menos.

—Gracias, señor primer ministro. Nosotros también lloramos su muerte. Su asesinato. No tenemos palabras para expresarlo.

—Ésta es la razón de mi llamada, señor presidente. Ha de saber, sin ningún género de dudas, que la muerte del general Blackburn (su asesinato) jamás sería deseada por los dirigentes responsables de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. Considerar lo contrario sería repugnante. Confío en que me haga entender, señor presidente.

—Creo que sí, señor primer ministro, y se lo agradezco una vez más. Pero si me es permitido preguntar, ¿está usted aludiendo a la remota posibilidad de que existan unos dirigentes irresponsables?

—No más que aquellos senadores suyos que bombardearían Ucrania. Semejantes estúpidos no son oídos, como ha de ser.

—Entonces, no estoy seguro de entender la sutileza de su expresión, señor primer ministro.

—Seré más claro. Su Agencia Central de Inteligencia ha aportado tres nombres en la creencia de que pudieran estar involucrados en la muerte del general Blackburn. Y no lo están, señor presidente. Tiene mi palabra de honor. Los tres son hombres «responsables», controlados completamente por sus superiores. De hecho, uno de ellos, Zhukovski, fue hospitalizado hace una semana. Otro, Krylovich, lleva destinado en la frontera con Manchuria desde hace once meses. Y el respetado Taleniev a todos los efectos está retirado. Actualmente se encuentra en Moscú.

El presidente guardó silencio y clavó la mirada en el director de la CIA.

—Gracias por sus aclaraciones, señor primer ministro, y por la precisión de su información. Soy consciente de que no ha sido fácil para usted hacer esta llamada. Felicite a la inteligencia soviética.

—Y usted a la suya. En estos tiempos hay pocos secretos; hay quien dice que eso es bueno. Me limité a sopesar los pros y los contras, y tuve que ponerme en contacto con usted. No estamos involucrados, señor presidente.

—Le creo. Y me pregunto quién es el responsable.

—Estoy preocupado, señor presidente. Creo que ambos deberíamos conocer la respuesta a eso.

## 2

—¡Dimitri Yurievich! —bramó humorísticamente la mujer pechugona cuando se acercó a la cama con una bandeja de desayuno en la mano—. Es la primera mañana de tus vacaciones. La nieve cubre el suelo, el sol la derrite, y antes de que te sacudas el vodka de tu cabeza, ¡los bosques volverán a estar verdes!

El hombre enterró la cara en la almohada, luego se dio la vuelta y abrió los ojos, parpadeando a causa de la impoluta blancura de la habitación. Al otro lado de las grandes ventanas de la dacha, las ramas de los árboles se combaban bajo el peso de sus cegadoras sábanas blancas.

Yurievich sonrió a su esposa acariciándose con los dedos los pelos de la barba, que crecía más blanca que castaña.

—Creo que anoche me prendí fuego —dijo.

—¡Lo habrías hecho! —La mujer soltó una carcajada—. Por suerte, nuestro hijo ha heredado mis instintos campesinos. Vio el fuego, y en lugar de perder el tiempo analizando los componentes, ¡lo apagó!

—Recuerdo que saltó sobre mí.

—Ya lo creo que lo hizo. —La esposa de Yurievich dejó la bandeja sobre la cama y apartó las piernas de su marido para hacerse sitio. Se sentó y alargó la mano para tocarle la frente—. Estás caliente, pero sobrevivirás, cosa-co mío.

—Dame un cigarrillo.

—No antes de beberte el zumo de fruta. Eres un hombre muy importante; los armarios están llenos de latas de zumo de fruta. Nuestro teniente dice que probablemente están allí para apagar los cigarrillos que te queman la barba.

—La mentalidad de los militares no mejorará nunca. Los científicos sabemos que las latas de zumo están ahí para ser mezcladas con vodka. —Dimitri Yurievich volvió a sonreír no sin cierta desesperanza—. Anda, amor mío, ¿un cigarrillo? Hasta dejaré que lo enciendas.

—¡Eres imposible! —La mujer cogió un paquete de cigarrillos de la mesilla de noche, extrajo uno con una sacudida y se lo puso a su marido entre los

labios—. Procura no respirar cuando rasque la cerilla. Ambos explotaríamos, y a mí me enterrarían con deshonor por asesinar al físico nuclear más importante de la Unión Soviética.

—Mi trabajo me sobrevive; deja que me sepulte el humo. —Yurievich aspiró mientras su esposa sujetaba la cerilla—. ¿Se encuentra bien nuestro hijo esta mañana?

—Está estupendo. Se levantó temprano para engrasar los rifles. Sus invitados llegarán dentro de una hora más o menos. La cacería empieza a eso del mediodía.

—Ay, Señor, me había olvidado de la cacería —dijo el científico, apoyándose en la almohada para sentarse—. ¿De verdad tengo que ir?

—Tú y él formáis equipo. ¿No recuerdas haberles dicho a todos en la cena que padre e hijo traerían a casa la pieza ganadora?

Dimitri hizo una mueca de dolor.

—Fue mi conciencia la que hablaba. Por todos esos años en los laboratorios mientras él crecía en alguna parte a mis espaldas.

Su esposa sonrió.

—Te sentará bien salir a tomar el fresco. Ahora acaba el cigarrillo, tómate el desayuno y vístete.

—¿Sabes una cosa? —dijo Yurievich, cogiendo de la mano a su esposa—. Estoy empezando a entenderlo; esto son unas vacaciones. No me acuerdo de cuándo fueron las últimas.

—No estoy segura de que las haya habido alguna vez. Trabajas más que ningún hombre que haya conocido.

El físico se encogió de hombros.

—Fue un detalle que el ejército le diera permiso a nuestro hijo.

—Lo pidió él. Quería estar contigo.

—Pues también fue un detalle por su parte. Le quiero, aunque apenas le conozco.

—Es un oficial estupendo, todo el mundo lo dice. Puedes sentirte orgulloso, marido mío.

—Ah, lo estoy, en efecto, esposa mía. Es sólo que no sé qué decirle. Tenemos tan poco en común. Anoche el vodka facilitó un poco las cosas.

—Hacía casi dos años que no os veáis.

—Todo el mundo sabe que he tenido mucho trabajo.

—Eres un científico. —Su esposa le dio un achuchón en la mano—. Pero hoy no. Ni durante las próximas tres semanas. Nada de laboratorios ni pizarras ni sesiones durante toda la noche con jóvenes profesores y alumnos llenos de entusiasmo que quieren contarles a todos que han trabajado con el gran Yu-

rievich. —Le quitó el cigarrillo de los labios y lo aplastó—. Bueno, tómate el desayuno y vístete. Una cacería invernal te sentará de perlas.

—Mi querida mujer —protestó Dimitri, riendo—, probablemente me suponga la muerte. ¡Hace más de veinte años que no disparo un rifle!

El teniente Nikolai Yurievich caminaba con dificultad sobre la nieve profunda hacia el viejo edificio que otrora había sido el establo de la dacha. Se dio la vuelta y volvió a mirar la enorme casa principal de tres plantas. La construcción brillaba bajo el sol matutino, un pequeño palacio de alabastro levantado en una cañada de alabastro horadada en un bosque repleto de nieve. Perteneía a otra época bastante más elegante ya desaparecida; nada semejante volvería jamás.

Moscú tenía en una grandísima consideración a su padre. Todos querían saber algo acerca del gran Yurievich, aquel hombre brillante e irascible cuyo simple nombre atemorizaba a los líderes del mundo occidental. Se decía que Dimitri Yurievich llevaba en su cabeza la fórmula de una docena de armas tácticas nucleares; que si se le dejaba solo en un arsenal con un laboratorio anexo era capaz de crear una bomba que destruyera el Gran Londres, todo Washington y la mayor parte de Pekín.

Ése era el gran Yurievich, un hombre inmune a la crítica o a la disciplina a despecho de las palabras y los actos, que a veces eran desmedidas. No en cuanto a su devoción al Estado; éste jamás era cuestionado. Dimitri Yurievich era el quinto hijo de unos agricultores empobrecidos de Kourov. De no ser por el Estado, estaría detrás de una mula en las tierras de algún aristócrata. No, era un comunista hasta la médula, pero al igual que todos los hombres brillantes no tenía paciencia con la burocracia. Había dejado las cosas claras en cuanto a las injerencias y jamás había tenido quejas al respecto.

Motivo por el cual eran tantos los que querían conocerle, dando como daban por supuesto, sospechaba Nilokai, que el mero hecho de conocer al gran Yurievich en cierto modo les transmitiría una pizca de su inmunidad.

El teniente sabía que tal era el caso ese día, y era una sensación incómoda. Los «invitados» que en ese momento se dirigían a la dacha de su padre prácticamente se habían invitado a sí mismos. Uno era el jefe del batallón de Nikolai en Vilnius, y el otro un hombre al que Nikolai ni siquiera conocía. Un amigo de Moscú de su superior, alguien que, había dicho éste, podía ayudar a un joven teniente en lo relativo a los destinos. A Nikolai le traían sin cuidado tales incentivos; para empezar, él era quien era, y luego, el hijo de su padre. Se labraría su propio futuro; para él era muy importante hacerlo así. Pero no podía decirle que no a aquel superior en concreto, porque si había un hombre en el ejército

soviético que se mereciera una pizca de «inmunidad», ése era el coronel Janek Drigorin.

Drigorin había denunciado la corrupción que reinaba en el Cuerpo de Oficiales Distinguidos: los clubes de veraneo del mar Negro pagados con fondos malversados, los almacenes llenos de contrabando, los viajes de las mujeres en aviones militares contraviniendo todas las normas...

Había sido apartado por Moscú y enviado a Vilnius para que se pudriera en la mediocridad. Mientras que Nikolai Yurievich era un teniente de veintiún años que ejercía importantes responsabilidades en un destino menor, Drigorin era un importante talento militar relegado al olvido en un empleo menor. Si un hombre semejante deseaba pasar un día con su padre, Nikolai no podía oponerse. Y, después de todo, el coronel era una persona encantadora; se preguntó cómo sería el otro hombre.

Nikolai llegó al establo y abrió la gran puerta que conducía al pasillo de los compartimentos. Las bisagras habían sido engrasadas; la vieja entrada se abrió hacia dentro sin hacer ningún ruido. El teniente pasó junto a los compartimentos inmaculadamente mantenidos que una vez habían alojado a las mejores razas, e intentó imaginar cómo había sido Rusia. Casi podía oír los relinchos de los sementales de mirada feroz, los roces impacientes de los cascos, los resoplidos de los caballos de caza impacientes por salir a los campos...

Aquella Rusia debía de haber sido la leche. Siempre que no estuvieras detrás de una mula.

Llegó al final del largo pasillo, donde había otra puerta ancha. La abrió y salió de nuevo a la nieve. A lo lejos, algo atrajo su mirada; parecía fuera de lugar. «Parecían» fuera de lugar.

Torciendo desde la esquina de un silo en dirección al lindero del bosque, se veían unas huellas en la nieve. Pisadas, quizá. Sin embargo, los dos sirvientes asignados a la dacha por Moscú no habían salido de la casa principal. Y los guardabosques estaban en sus barracas de la carretera.

Por otro lado, pensó Nikolai, la calidez del sol matutino podía haber derretido los bordes de cualquier huella en la nieve, y aquella luz cegadora jugaba malas pasadas a la vista. Sin duda serían las huellas de algún animal en busca de alimento. El teniente sonrió para sí ante la idea de un animal del bosque buscando grano allí, en aquella reliquia bien cuidada que era el establo de la dacha. Los animales no habían cambiado, pero Rusia sí.

Consultó su reloj; era hora de volver a la casa. Los invitados no tardarían en llegar.

Todo transcurría tan bien que Nikolai apenas se lo podía creer. No había ninguna incomodidad, gracias, en gran medida, a su padre y al hombre de Moscú. Al principio el coronel Drigorin había parecido cohibido —el superior que había abusado del subordinado famoso o bien relacionado—, aunque Dimitri Yurievich se hizo el desentendido. Dio la bienvenida al superior de su hijo como cualquier padre preocupado —aunque célebre— interesado sólo en favorecer la posición de su hijo. A Nikolai no pudo por menos que hacerle gracia: su padre era tan transparente. El vodka se sirvió con el zumo de fruta y el café, y Nilokai anduvo con cien ojos con el bailoteo de los cigarrillos.

La sorpresa y el placer procedieron del amigo de Moscú del coronel, un hombre llamado Brunov, un alto funcionario del partido en la planificación de la industria militar. No sólo Brunov y su padre tenían amigos mutuos, sino que pronto quedó patente que ambos compartían una actitud irreverente hacia gran parte de la burocracia moscovita, la cual, como era natural, englobaba a muchas de aquellas amistades mutuas. Las risas no tardaron en aparecer, cada uno de los dos rebeldes intentando superar al otro en comentarios mordaces sobre aquel comisario con una caja de resonancia por cabeza o aquel otro economista incapaz de conservar un rublo en el bolsillo.

—¡Somos malvados, Brunov! —bramó el padre de Nikolai, con los ojos animados por las risas.

—¡Bien cierto, Yurievich! —admitió el hombre de Moscú—. Es una lástima que seamos tan certeros.

—Pero, cuidado, estamos con militares. ¡Nos denunciarán!

—Entonces les retendré la nómina y usted diseñará una bomba que les explote en las narices.

La risotada de Dimitri Yurievich remitió durante un breve instante.

—Ojalá no hubiera necesidad de las que funcionan.

—Y que los sueldos no fueran tan altos.

—Basta —dijo Yurievich—. Los guardabosques dicen que aquí la caza es espléndida. Mi hijo me ha prometido estar atento por mí, y prometo abatir la pieza más grande. Venga, todo lo que necesiten lo tenemos aquí. Botas, pieles..., vodka.

—No mientras se dispara, padre.

—¡Por Dios!, le ha enseñado bien —bromeó Yurievich, sonriendo al coronel—. A propósito, caballeros, no quiero oír nada de que se vayan hoy. Se quedarán a pasar la noche, por supuesto. Moscú es generoso; hay asados y verduras frescas de sabe Lenin dónde...

—Y botellas de vodka, confío.

—Nada de botellas, Brunov. ¡Barriles! Lo veo en sus ojos. Ambos estaremos de vacaciones. Se quedará.

—Me quedaré —aceptó el hombre de Moscú.

Los disparos resonaban por todo el bosque y vibraban en los oídos. Tampoco pasaron inadvertidos a los pájaros invernales, cuyos graznidos y bruscos aleteos formaron una coda ondulante para los ecos. Nikolai también oyó unas voces excitadas, pero estaban demasiado lejos para resultar comprensibles. Se volvió hacia su padre.

—Deberíamos oír el silbato dentro de sesenta segundos si han cazado algo —dijo, con el rifle orientado hacia la nieve.

—¡Es un ultraje! —contestó Yurievich con fingido enfado—. Los guardabosques me juraron (eso sí, por añadidura) que toda la caza estaba en este sector del bosque. Cerca del lago. ¡Que por allí no había nada! Por eso insistí en que ellos se dirigieran allí.

—Eres un viejo sinvergüenza —dijo el hijo, observando el arma de su padre—. Tienes el seguro quitado. ¿Por qué?

—Creí oír un crujido ahí atrás. Quería estar listo.

—Con todos mis respetos, padre, vuelve a ponerlo, por favor. Espera hasta que tu vista identifique el sonido que oigas antes de quitarlo.

—Con todos los respetos, soldadito mío, entonces tendría que hacer demasiadas cosas de golpe. —Yurievich detectó la preocupación en la mirada de su hijo—. Pensándolo bien, puede que tengas razón. Podría caerme y provocar una detonación. Eso es algo de lo que sé.

—Gracias —dijo el teniente, volviéndose de repente. Su padre tenía razón; algo crujía detrás de ellos. El chasquido, la rotura de una rama. Soltó el seguro de arma.

—¿Qué pasa? —preguntó Dimitri Yurievich, con la excitación en los ojos.

—Chist —susurró Nikolai, escudriñando los enmarañados pasillos de blanco que los rodeaban.

No vio nada. Puso el seguro de nuevo con un golpe seco.

—¿También lo has oído, pues? —preguntó Dimitri—. No era sólo cosa de este par de oídos de cincuenta y cinco años.

—La nieve pesa —aventuró el hijo—. Y las ramas se rompen bajo su peso. Eso es lo que he oído.

—Bueno, una cosa que no hemos oído —dijo Yurievich— ha sido el silbato. ¡No han cazado una mierda!

A lo lejos resonaron otros tres disparos.

—Han visto algo —dijo el teniente—. Puede que ahora oigamos su silbato...

De repente lo oyeron; un ruido. Pero no fue un silbato, sino más bien un largo grito de pánico, débil aunque inconfundible. Un grito terrible e inconfundible. Le siguió otro, más histérico, prolongado hasta que los ecos lo agrandaron, convirtiéndolo en oleadas de algo horroroso.

—Dios mío, ¿qué ha ocurrido? —Yurievich agarró a su hijo por el brazo.

—No...

La respuesta fue interrumpida por un tercer grito, agudo y terrible. No había palabras, sólo quejas ahogadas, alaridos de dolor.

—¡Quédate aquí! —gritó el teniente a su padre—. Iré hasta ellos.

—Iré detrás —dijo Yurievich—. ¡Date prisa, pero ten cuidado!

Nikolai echó a correr por la nieve hacia el origen de los gritos. En ese momento llenaban el bosque, menos estridentes aunque más penosos por la pérdida de fuerza. El militar utilizó su rifle para abrirse camino a golpes a través de las pesadas ramas, que doblaba y rompía, levantando rociadas de nieve con los pies. Le dolían las piernas, el aire frío se hinchó en sus pulmones y la visión se le nubló por las lágrimas del agotamiento.

Los rugidos fue lo primero que oyó, y entonces vio lo que más temía, lo que ningún cazador quería ver jamás.

Un enorme oso salvaje, negro, con la terrorífica cara convertida en una masa sanguinolenta, descargaba su venganza contra aquellos que le provocaron las heridas, arañando, desgarrando, rajando a su enemigo.

Nikolai levantó su rifle y disparó hasta que no le quedaron más cartuchos en la recámara.

El oso gigante se desplomó. El militar se acercó corriendo a los dos hombres; perdió el resuello que le quedaba al contemplarlos.

El hombre de Moscú estaba muerto; tenía el cuello hecho trizas, y la ensangrentada cabeza casi no estaba unida al cuerpo. A Drigorin apenas le quedaba un hálito de vida, y si no moría al cabo de unos segundos, Nikolai sabía que cargaría de nuevo su arma y terminaría lo que el animal no había concluido. El coronel no tenía cara; ésta había desaparecido, y la visión de lo que ocupaba su lugar se grabó a fuego en la mente del soldado.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía haber ocurrido?

Y entonces los ojos del teniente se desviaron hacia el brazo derecho de Drigorin, y el impacto que le produjo lo que vio superó todo lo imaginable. Estaba medio separado a la altura del codo, y el procedimiento quirúrgico era evidente: balas de gran calibre.

¡El brazo de disparar del coronel había sido cercenado por un arma de fuego!

Nikolai se dirigió corriendo al cadáver de Brunov; bajó la mano y le dio la vuelta.

El brazo de Brunov estaba intacto, pero tenía la mano izquierda hecha añicos por una explosión y sólo quedaba el perfil retorcido y ensangrentado de la palma, despojados los dedos de los huesos. ¡Su mano izquierda! A la mente de Nikolai Yurievich acudieron imágenes de esa mañana: el café y el zumo de fruta, el vodka y los cigarrillos.

El hombre de Moscú era zurdo.

Brunov y Drigorin habían sido reducidos a la indefensión por alguien con un arma, alguien que sabía lo que iban a encontrarse en su camino.

Nikolai se irguió con cautela, alerta el soldado que había en él, buscando a un enemigo oculto. Y aquél era un enemigo al que deseaba encontrar y matar con toda su alma. Su mente retrocedió rápidamente a las huellas que había visto detrás del establo. No eran las de un animal que hurgara en la basura —aunque eran las de un animal—, sino las huellas de un asesino tan espantoso que no había nada en la *Lubyanka* que no se mereciera.

*¿Quién era? Y por encima de todo: ¿por qué?*

El teniente vio un destello de luz; el reflejo del sol en un arma.

Hizo un movimiento a la derecha, luego giró bruscamente a la izquierda y se arrojó al suelo, donde rodó hasta situarse detrás del tronco de un roble. Sacó el cargador vacío de su rifle y lo sustituyó por uno nuevo. Miró hacia el origen de la luz con los ojos entrecerrados; procedía de lo alto de un pino.

Una figura estaba sentada a horcajadas sobre dos ramas a quince metros del suelo, con un rifle de mira telescópica en las manos. El asesino llevaba una парка de nieve blanca con capucha blanca de piel y ocultaba su cara detrás de unas anchas gafas de sol negras.

Nikolai pensó que iba a vomitar de rabia y asco. El hombre estaba sonriendo, y el teniente supo que le estaba sonriendo a él.

Enfurecido, levantó el rifle. Una explosión de nieve, acompañada de la estruendosa detonación de un rifle potente, le cegó. Siguió un segundo disparo; la bala penetró con un ruido sordo en la madera, encima de su cabeza. El teniente se retiró buscando la protección del tronco.

Se oyó otro disparo, éste realizado a poca distancia, no por el asesino del pino.

—¡Nikolai!

Algo estalló en su cabeza, donde no quedaba nada salvo cólera. La voz que había gritado su nombre era la de su padre.

—¡Nikolai!

Otro disparo. El militar se levantó del suelo de un salto, disparando el rifle hacia el árbol y corriendo por la nieve.

Un proyectil de hielo perforó su pecho. No oyó ni sintió nada hasta que supo que su cara estaba fría.

El primer ministro de la Unión Soviética colocó las manos sobre la larga mesa situada bajo la ventana que daba al Kremlin. Se inclinó y estudió las fotografías; el agotamiento contraía su rostro grande de campesino y tenía la mirada llena de ira y espanto.

—Es horrible —susurró—. Que esos hombres murieran así es horrible. Al menos, Yurievich se salvó... no de la muerte, aunque sí de un final así.

Al otro lado de la habitación, sentados en torno a otra mesa, había dos hombres y una mujer con una expresión adusta en sus rostros que observaban al primer ministro. Delante de cada uno había sendas carpetas marrones, y era evidente que los tres estaban impacientes por interrumpir. Pero uno no presionaba ni se entrometía cuando el primer ministro estaba pensando; tales muestras de impaciencia podían desatar su furia. Era un hombre cuya mente iba más deprisa que la de cualquiera de los allí presentes, no obstante lo cual sus deliberaciones eran lentas, consecuencia de tomar en cuenta todas las complejidades.

El temor era un arma que él utilizaba con una extraordinaria destreza.

Se incorporó, apartando las fotografías con asco, y volvió a grandes zancadas hasta la mesa de conferencias.

—Todas las bases nucleares están en alerta, y nuestros submarinos se están acercando a las posiciones de disparo —dijo el primer ministro—. Quiero que esta información sea transmitida a todas las embajadas. Que se utilicen códigos que Washington haya descifrado.

Uno de los hombres sentados a la mesa se inclinó hacia delante. Era un diplomático, de más edad que el primer ministro y a todas luces un viejo compañero de fatigas, un aliado que hasta cierto punto podía hablar con más libertad que los otros dos.

—Te arriesgas a una reacción que no estoy seguro de que sea prudente. No lo tenemos tan claro. El embajador norteamericano estaba profundamente afectado. Le conozco; no estaba mintiendo.

—Entonces es que no estaba informado —terció el segundo hombre con aspereza.— En nombre de la VKR, digo que estamos seguros. Se han identificado las balas y los casquillos: siete milímetros, estrías por implosión. Las mar-

cas de perforación, inconfundibles. Fueron disparadas por un Browning Magnum Grade Four. ¿Qué más necesita?

—Necesito muchísimo más que eso. Un arma semejante no es difícil de conseguir, ¡y dudo que un asesino norteamericano fuera a dejar su tarjeta de visita!

—Podría, si fuera el arma con la que estuviera más familiarizado. Hemos encontrado indicios. —El hombre de la VKR se volvió hacia la mujer de mediana edad, cuya cara estaba esculpida en granito—. Si hace el favor, camarada directora, explíquelo.

La mujer abrió su carpeta y le echó un vistazo a la primera página antes de hablar. Pasó a la segunda página y se dirigió al primer ministro, evitando mirar al diplomático.

—Como usted sabe, hubo dos asesinos, presumiblemente ambos varones. Uno tenía que ser un tirador de enorme destreza y coordinación, y el otro alguien que sin duda poseía las mismas condiciones, pero que también era un experto en vigilancia electrónica. Se encontraron pruebas en el establo: arañazos de soportes, marcas de ventosas, huellas que indicaban puntos privilegiados despejados... que nos lleva a creer que todas las conversaciones mantenidas en la dacha fueron interceptadas.

—Estás describiendo a un experto de la CIA, camarada —le interrumpió el primer ministro.

—O de las Operaciones Consulares, señor —respondió la mujer—. Es importante no olvidar esto.

—Oh, sí —convino el primer ministro—. La pequeña banda de «negociadores» del Departamento de Estado.

—¿Y por qué no los Tao-pan chinos? —sugirió el diplomático con gran seriedad—. Se cuentan entre los asesinos más efectivos del mundo. Los chinos tenían más que temer de Yurievich que cualquier otro.

—La fisonomía los descarta —objetó el hombre de la VKR—. Si se atrapara a uno, incluso después de ingerir el cianuro, Pekín sabe que sería destruida.

—Volvamos a los indicios que han encontrado —interrumpió el primer ministro.

La mujer continuó.

—Metimos todo en los ordenadores del KGB, concentrándonos en los miembros de la inteligencia norteamericana que sabemos que se han infiltrado en Rusia, que hablan el idioma con soltura y que son conocidos asesinos. Hemos dado con cuatro nombres. Aquí están, señor. Tres de la Agencia Central de Inteligencia y uno de las Operaciones Consulares del Departamento de

Estado. —La mujer le entregó la hoja al hombre de la VKR, que a su vez se levantó y se la entregó al primer ministro. Éste miró los nombres.

*Scofield, Brandon Alan.* Departamento de Estado, Operaciones Consulares. Conocido por haber sido el responsable de asesinatos en Praga, Atenas, París, Múnich. Sospechoso de haber actuado en el mismo Moscú. Involucrado en más de veinte deserciones.

*Randolph, David.* Agencia Central de Inteligencia. Tapadera: director de Tráfico e Importación, Dynamx Corporation, sucursal de Berlín Oeste. Se sabe que fue decisivo en las explosiones de las centrales hidroeléctricas de Kazán y Tagil.

*Saltzman, George Robert.* Agencia Central de Inteligencia. Actuó como correo de valija y asesino en Vientián durante seis años tras la tapadera de la AID. Experto en Oriente. En la actualidad —desde hace seis semanas— está en el sector de Tashkent. Tapadera: inmigrante australiano, director de ventas: Perth Rada Corporation.

*Bergstrom, Edward.* Agencia Central de Inteligencia...

—Señor —le interrumpió el hombre de la VKR—. Mi colega quería explicar que los nombres están por orden de prelación. En nuestra opinión, tanto la emboscada como la ejecución de Dimitri Yurievich llevan todas las marcas del primer hombre de la lista.

—¿El tal Scofield?

—Sí, señor. Desapareció hace un mes en Marsella. Él sólo ha hecho más daño y comprometido más operaciones que cualquier agente de Estados Unidos desde la guerra.

—¿En serio?

—Sí, señor. —El hombre del VKR guardó un momentáneo silencio, y al cabo habló con indecisión, como si no deseara seguir, aunque sabía que tenía que hacerlo—. Su esposa fue asesinada hace diez años. En Berlín Oriental. Desde entonces se ha comportado como un maníaco.

—¿En Berlín Oriental?

—Fue una trampa. Del KGB.

El teléfono sonó en la mesa del primer ministro, que cruzó rápidamente la habitación y lo cogió.

Era el presidente de Estados Unidos. Los intérpretes estaban conectados, listos para trabajar.

—Lamentamos la muerte... el terrible asesinato... de un grandísimo científico, señor primer ministro. Como asimismo las horribles muertes de sus amigos.

—Se agradecen sus palabras, señor presidente, pero, como usted sabe, esas muertes y el espanto que las acompañó fueron premeditadas. Le agradezco su compasión, pero no puedo evitar preguntarme si quizá no se siente un tanto aliviado por el hecho de que la Unión Soviética haya perdido a su principal físico nuclear.

—No, no me siento aliviado, señor. Su genialidad trascendía nuestros fronteras y diferencias. Era un hombre universal.

—Sin embargo, escogió formar parte de un pueblo, ¿no es así? Se lo digo con franqueza: mi preocupación no trasciende nuestras diferencias. Antes bien, me obliga a vigilar mis flancos.

—Entonces, si me perdona que se lo diga, señor primer ministro, está buscando fantasmas.

—Puede que los hayamos encontrado, señor presidente. Tenemos unas pruebas que me resultan enormemente inquietantes. Tanto que he...

—Perdóneme una vez más —le interrumpió el presidente de Estados Unidos—. Sus pruebas son las que me han impulsado a llamarlo, a despecho de mi natural resistencia a hacerlo. El KGB ha cometido un gran error. Cuatro errores, para ser exactos.

—¿Cuatro...?

—Sí, señor primer ministro. Concretamente los nombres de Scofield, Randolph, Saltzman y Bergstrom. Ninguno ha estado involucrado, señor primer ministro.

—Me deja asombrado, señor presidente.

—No más de lo que me dejó usted a mí la otra semana. Hoy día hay pocos secretos, ¿recuerda?

—Las palabras son baratas, las pruebas sólidas.

—Entonces han sido bien calculadas. Deje que me explique. Dos de los tres hombres de la Agencia Central de Inteligencia ya no cuentan con autorización. Randolph y Bergstrom se encuentran ahora mismo sentados a sus mesas en Washington. El señor Saltzman fue hospitalizado en Tashkent; le han diagnosticado cáncer. —El presidente guardó silencio.

—Entonces queda un nombre, ¿no es así? —dijo el primer ministro—. El hombre de sus tristemente célebres Operaciones Consulares. Una sección tan anodina en círculos diplomáticos como infausta para nosotros.

—Éste es el aspecto más doloroso de mi aclaración. Es inconcebible que el señor Scofield pueda haber estado involucrado. Menos aún que cualquiera de los otros, con toda sinceridad. Se lo digo porque ya no importa.

—Las palabras son baratas...

—Señor primer ministro, me veo en la obligación de ser explícito. A lo largo de los últimos años se ha estado elaborando un minucioso expediente secreto sobre el doctor Yurievich, con información incorporada a diario y sin duda mensualmente. En opinión de algunos, era el momento de acercarse a Dimitri Yurievich con alternativas viables.

—¿Qué dice?

—Sí, señor primer ministro. Deserción. Los dos hombres que viajaron hasta la dacha para establecer contacto con el señor Yurievich lo hicieron en interés nuestro. El encargado de controlarlos era Scofield. Era su operación.

El primer ministro de la Unión Soviética se quedó mirando a través de la habitación hacia el montón de fotografías de su mesa. Habló en voz baja.

—Gracias por su franqueza.

—Vigile otros flancos.

—Lo haré.

—Ambos debemos hacerlo.